

los pueblos y hace brotar en ellos civilizaciones vernáculas, que sean el exponente de su vigor intelectual en un período dado de la historia humana. El nacionalismo, entendido como una cohesión de valores dispersos, tanto espirituales como materiales de los países, no como bandera de odio y de exterminio, magnificó a Grecia, Roma, España, Francia, Inglaterra y Alemania, que gracias a él tuvieron su minuto de hegemonía intelectual y política en el mundo. Nosotros, en cambio, nada pesamos aún en la sociedad de las naciones, porque vivimos de prestado, porque a las cualidades primordiales del hombre: originalidad e independencia, hemos preferido las ridículas y serviles simulaciones del cuadrumano, que imita porque le faltan la energía y el entusiasmo para crear sus propios símbolos.

Muy de aplaudirse es, por lo tanto, el gesto viril de Raúl Andino, quien acaba de lanzar una obra para poner de relieve los hombres y las cosas de su terruño, dejando de lado toda preocupación de diletantismo intelectual; ello hace que *Del Huerto Solariego* sea no sólo un buen libro sino también una buena acción, como de *El Discípulo*, de Paul Bourget, dijera antaño Brunetière.

En las doscientas páginas que lo componen, hubo espacio suficiente para que la musa patriótica desplegara las alas, en capítulos sugestivos, como aquél, en que el autor, respondiendo a una encuesta, dice cuáles son los verdaderos símbolos del alma salvadoreña, o los siguientes, en que nos da a conocer, sin el fastidioso discurrir de los biógrafos vulgares, las vidas interesantes de Martínez Figueroa y del Negro Lagos, dos de los más genuinos representantes de la intelectualidad salvadoreña.

Desde la tierra mexicana, heroica, turbulenta y preñada de inquietudes futuras, enviamos a Raúl Andino nuestra felicitación por su libro, que es brillante augurio de lo que en los campos de la pluma pueden realizar los escritores jóvenes de Centro América.

MARIO SANTA CRUZ

México, junio 1° de 1925.

Palabras de oro

del Cardenal Gaspar Contarini, Legado del Papa a la Dieta de Ratisbona en 1541

La ley de Cristo es una ley de libertad... No se puede llamar gobierno al que está regido por la voluntad de un hombre, inclinado por la naturaleza al mal e impulsado por innumerables pasiones. ¡No! Toda soberanía es una soberanía de la razón. Tiene por objeto conducir por caminos de justicia a todos aquellos que le están sometidos a su justo fin: la felicidad. La autoridad del Papa es también una autoridad de la razón. Un Papa debe saber que ejerce esta autoridad sobre hombres libres. No debe a su arbitrio ordenar, prohibir o dispensar, sino únicamente según las reglas de la razón, de los divinos mandamientos y del amor. Esta regla conduce todo a Dios y al bien común...

(Envío del Gral. Volio).

Un aplauso muy honroso

Quien habla es un eximio norteamericano

Siasconset, Mass.
29 June 1925

Dear Señor don Joaquín García Monge:

Every once in a while, a copy of the REPERTORIO AMERICANO fails to reach me; and then I realise how important to me your extraordinary periodical has become. I am trying humbly and patiently, as an American, to achieve some sort of general knowledge of the whole America—of the vast world which alone truly has right to that name. In this task, so difficult and so uncharted, I find that my greatest and most continuous help comes from your paper. The articles that appear, week by week, are remarkable for their catholicity; and they are inspiring because of the athletic intellectual effort which they reveal as taking place from one end to the other of Ibero-America. I cannot resist this impulse to send you once again, by this inadequate means, an expression of my gratitude—together with my greetings. If in any way I can be of service to you, in the United States, pray call on me.

very sincerely and cordially yours

WALDO FRANK

Permanent address:
150 East 54 Street
New York

La mariposa

ESTA mariposilla multicolor que hoy se ha prendido a mi pecho, es tal vez portadora de una ventura inefable largamente suspirada. ¿Se ha detenido acaso sobre mi corazón para saber qué dice este maravilloso ritmo que sostiene mi vida?

En sus alas que se pliegan y despliegan con un admirable isocronismo, como el vaivénacomposado del péndulo de un reloj, hay sendos clavos de oro incrustados con una sabia precisión geométrica. Los matices que ostenta desde el rojo rubí, el azul de zafiro y el amarillo de amatista, barajados sobre un opaco fondo de hoja muerta, en fúlgidas combinaciones algebraicas, me han dado la sensación de una fina joya alada, de una flor que vuela, de una gema cambiante que va por los jardines luciendo sus orientes bajo el sol.

¿Has bajado acaso del bosque dejando el nutrido enjambre de tus compañeras que en el cruce de dos caminos pantanosos se han posado como una viva pedrería, para visitar los huertos ciudadanos?

Oye, alhajilla resplandeciente: Vuela alto y tendido, porque en la ciudad están los chiquillos traviesos con sus bolsas transparentes y pueden aprisionarte, y no suceda que más tarde crucificada con un alfiler sobre la pared, des la ocasión de comprobar que la crueldad del niño de hoy sea la misma, con ligeras variantes, del hombre de mañana.

BLANCA MILANÉS

San José, Costa Rica.
Julio 4 1925.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica